

INTRODUCCIÓN

La oración es el secreto de una vida feliz y santa, y son muy pocos los que saben rezar bien. Juan Pablo II en su carta-programa para el tercer milenio de la era cristiana nos dice:

"Sabemos bien que rezar no es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro, como los primeros discípulos: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que **nos convierte en sus íntimos**: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15,4)".

Y añade el Papa más adelante:

"Se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo». Correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición.

El deseo de aprender a rezar de modo auténtico está vivo en muchos cristianos de nuestro tiempo, a pesar de las no pocas dificultades que la cultura moderna pone a las conocidas exigencias de silencio, recogimiento y oración.

Además, la actual situación de la Iglesia hace especialmente urgente que la educación en la oración se convierta en punto determinante de toda pastoral:

Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas «**escuelas de oración**», donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el «arrebato del corazón». Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios".

I. ¿QUÉ ES LA ORACIÓN?

Básicamente es un **diálogo íntimo y amoroso del hombre con su Dios**, a quien reconoce como Padre, creador y salvador.

"La oración cristiana está siempre determinada por la estructura de la fe cristiana, en la que resplandece la verdad misma de Dios y de la criatura. Por esos se configura propiamente hablando como **un diálogo personal, íntimo y profundo, entre el hombre y Dios. La oración cristiana expresa, pues, la comunión de las criaturas redimidas con la vida íntima de las Personas trinitarias**".

a. Es un camino de gracia

Santa Teresa llama a la oración "*camino real para el cielo*", entiende que quien se determina a seguirlo inicia un "viaje divino", por el que se gana un gran tesoro, de manera que todo el esfuerzo que pueda requerir es nada en comparación con el gran precio que se alcanza. "No es mucho que cueste mucho".

"Se trata de un **camino sostenido enteramente por la gracia**, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual que encuentra también dolorosas purificaciones (la «noche oscura»), pero que llega, de tantas formas posibles, al indecible gozo vivido por los místicos como «unión esponsal»".

b. Es un don de Dios

"Si conocieras el don de Dios" (Jn, 4, 10). La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. **Jesús tiene sed**, su petición llega desde las

profundidades de Dios que nos desea. **La oración**, sepámoslo o no, **es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él** (Cf S. Agustín)". (CIC 2560).

c. Y a la vez, una conquista propia

Es decir, supone una **exigencia personal, una determinación, un compromiso expreso de nuestra libertad**. Si es verdad que se trata de un don de Dios, no es menos cierto que el empeño personal del orante es condición imprescindible.

"Más aún, "para quien se empeña seriamente (en el camino de la oración) vendrán tiempos en los que le parecerá vagar en un desierto y, a pesar de todos los esfuerzos, no 'sentir' nada de Dios. Debe saber que esas pruebas no se le ahorran a ninguno que tome en serio la oración".

d. Es una dulce obligación

"El tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el **cielo**. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro. El hombre tiene un hermoso deber y obligación: **orar y amar**. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como **dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar**. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión. Hay personas que se sumergen totalmente en la oración, como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido" (S. Juan M^a Vianney).

e. Algunas definiciones:

- "Tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" (Santa Teresa de Jesús)
- "Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría" (Santa Teresa del Niño Jesús)
- Orar es pensar en Dios amándole" (Bto. Carlos de Foucauld)
- "Es un diálogo íntimo con Dios en el desierto del silencio interior" (S. Pablo VI)
- "Orar es a veces pedir, pero ante todo y siempre, orar es permitir a Dios que penetre en tí" (Venerable P. Tomás Morales S.J.).

II. TIPOS

La Tradición cristiana conoce tres formas principales de oración:

a. LA ORACIÓN VOCAL

Es un trato de amistad con Dios, que se expresa por medio de la voz. Suelen ser fórmulas preparadas, a las cuales interiormente acompañan actos de fe, esperanza y caridad, si bien, por magníficas que sean dichas fórmulas, el valor de esta oración no estará en la materialidad de las palabras, sino en la oportunidad que éstas suponen de que se **despierten en el alma los íntimos afectos expresados con los labios**.

Ciertamente no es necesario ni posible acompañar con el afecto cada una de las palabras; basta con el **deseo de hacerlo** y una tensión amorosa de la voluntad hacia Dios. Por eso dice Santa Teresa que este tipo de oración se interioriza en la medida que tomamos conciencia de Aquel "a quien hablamos". Y el Catecismo de la Iglesia afirma que la oración vocal rezada adecuadamente, se convierte en una primera forma de oración contemplativa.

La oración vocal es indispensable en la vida cristiana. A los discípulos, atraídos por la oración silenciosa de su Maestro, éste les enseña una oración vocal: el "Padrenuestro". **Él mismo habló a su Padre en la oración**.



Esta necesidad de asociar los sentidos a la oración interior responde a una exigencia de nuestra naturaleza humana. Somos cuerpo y espíritu, y experimentamos la necesidad de traducir exteriormente nuestros sentimientos. Es necesario rezar con todo nuestro ser para dar a nuestra súplica todo el poder posible.

b. LA MEDITACIÓN

Es, sobre todo, una **búsqueda**. El espíritu trata de comprender el porqué y el cómo de la vida cristiana para adherirse y responder a lo que el Señor pide. Hace falta una atención difícil de encauzar. Y las fuentes son principalmente la Sagrada Escritura, pero también la liturgia, vidas y escritos de los santos, el libro de la creación y de la historia, y el "hoy" de Dios en nuestro acontecer humano. Meditar lo que se lee conduce a apropiárselo confrontándolo consigo mismo.

Hay muchos métodos. Tantos como maestros espirituales. Y un cristiano debe meditar asiduamente para no parecerse a las tres primeras clases de terreno de la parábola del sembrador.

La meditación hace intervenir el pensamiento, la imaginación, la emoción y el deseo. Esta movilización es necesaria para profundizar en las convicciones de fe, suscitar la conversión del corazón y fortalecer la voluntad de seguir a Cristo.

c. LA CONTEMPLACIÓN

La contemplación es la expresión más sencilla del misterio de la oración. Es un don, una gracia; no puede ser acogida más que en la **humildad** y en la **pobreza**.

San Juan de la Cruz entiende por contemplación la **"advertencia amorosa, simple y sencilla**, como quien abre los ojos con advertencia de amor".

La fuente privilegiada de contemplación es la **vida de Cristo, el Evangelio**, de manera que en cada escena del mismo puedo "hacerme presente como si presente me hallase". Así voy dejándome afectar, enamorar, por Jesús y por la acción de su Gracia... La "historia es traída" de manera afectiva, así se accede a un conocimiento del misterio por connaturalidad.

La oración contemplativa es una relación de alianza establecida por Dios en el fondo de nuestro ser. Es **comunión**: en ella la Santísima Trinidad conforma al hombre, imagen de Dios, "a su semejanza" (CIC 2713).

Esta comunión íntima se expresa así:

1º. Mirada de fe, fija en Jesús: "Yo le miro y él me mira", decía a su santo cura aquel campesino de Ars que oraba ante el sagrario. Esta atención a Él es renuncia a "mí". Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres.

La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el "conocimiento interno del Señor" para más amarle y seguirle (Cf S. Ignacio).

2º. Escucha de la Palabra de Dios: Lejos de ser pasiva, esta escucha es la obediencia de la fe, acogida incondicional del siervo y adhesión amorosa del Hijo. Participa del "sí" del Hijo hecho siervo y en el "fiat" de su humilde Esclava.

3º. Silencio, que es el "símbolo del siglo venidero" (S. Isaac de Nínive), o "amor silencioso" (S. Juan de la Cruz). Las palabras en la oración contemplativa no son discursos, sino ramillas que alimentan el fuego del amor. En este silencio, insoportable para el hombre "exterior", el Padre nos da a conocer a su Verbo encarnado, sufriente, muerto y resucitado, y el Espíritu filial nos hace partícipes de la oración de Jesús.

La contemplación busca siempre al "Amado de mi alma". Esto es, a Jesús, y en Él, al Padre. **Es buscado porque desearlo es siempre el comienzo del amor**, y es buscado en la fe pura, esta fe que nos hace nacer de Él y vivir en Él (CIC 2709).

III. OTRAS CLASIFICACIONES

Si tenemos en cuenta la mayor o menor iniciación en la vida de oración, es decir la **edad espiritual** en que el orante se encuentre, (principiante,

adelantado, o perfecto, según una clasificación clásica), tendríamos estas tres etapas: **Principiante** (oración de recogimiento o activa). **Adelantado** (oración de quietud o semipasiva). **Perfecto** (oración de unión (pasiva)

Teniendo en cuenta el tipo de colaboración personal, la oración se podría clasificar como **activa** (predominio mayor de la actividad del hombre. Es específica del principiante y, en parte, también del iniciado) o **pasiva** (predominio de la acción divina. Comienza en la etapa del iniciado y es específica del adelantado).

Nos vamos a ceñir exclusivamente a la **etapa activa** de la oración, a la cual pertenecen tanto la oración vocal, como la meditativa o la contemplativa.

La '**meditación**' u 'oración discursiva' por haber un mayor predominio del entendimiento, es más propia de una primera fase de la etapa activa. En cambio, en la **contemplación activa**, donde deben predominar más los afectos y la voluntad, podríamos situarla en una segunda fase de la etapa activa. La contemplación de suyo, aunque sea la de la etapa activa, tiende a simplificarse, a evolucionar hacia pocas ideas (simplicidad), incluso hacia una sola que puede embargar el alma. En ese momento empieza a apuntar ya, de modo espontáneo, la oración pasiva, en la que Dios coge directamente las riendas.

IV. MÁS SOBRE LA ORACIÓN VOCAL

De la oración vocal en relación con las otras dos formas de orar podemos decir lo siguiente:

Orar vocalmente es una manera excelente y muy provechosa de orar, que aparece muchas veces en la Sagrada Escritura aconsejada, y practicada incluso, por el mismo Señor. La Iglesia misma la prescribe con frecuencia en la Eucaristía y, en general, en la Liturgia. No se debe abandonar entonces, con el pretexto de que aprovecha más el alma empleando ese tiempo en la oración mental.

Que la oración vocal es de gran valor y eficacia lo demuestra la experiencia de grandes santos, que han llegado por medio de ella a cimas de oración contemplativa. San Antonio M^a Claret, por ejemplo, ha podido afirmar de sí mismo:

*"La oración vocal a mí me va mejor que la pura mental, gracias a Dios. En cada palabra del Padrenuestro, Avemaría y Gloria, veo un **abismo de bondad y de misericordia**. Dios Nuestro Señor me concede la gracia de estar muy atento y fervoroso cuando rezo dichas oraciones. En la oración mental también me concede el Señor, por su bondad y misericordia, muchas gracias; pero en la vocal lo conozco más".*

De suyo esta oración vocal debe ser también meditativa, o al menos la meditación puede perfectamente servirse de ella. Santa Teresa aconseja mucho **fundamentar la meditación en oraciones vocales**, algunas de tal valor que fueron dichas por el mismo Señor ("*Siempre es gran bien fundar vuestra oración sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor*").

Además, dice también la Santa, que lo sustancial de la oración mental no es tener cerrada la boca. Si me sirvo de oraciones vocales entendiéndolo lo que digo, junto la oración vocal con la mental, tal como conviene sea¹. Y llega a confirmar esta doctrina con algunos casos conocidos por ella:

"Sé que muchas personas, rezando vocalmente las levanta Dios sin entender ellas cómo a subida contemplación. Conozco una persona que nunca pudo tener sino oración vocal, y asida a esto lo tenía todo; y si no rezaba íbasele el entendimiento tan perdido que no lo podía sufrir. Mas ¡tal tengamos todas la mental! En ciertos paternosters que rezaba a las veces que el Señor derramó sangre, se estaba -y en poco más rezado- algunas horas. Vino una vez a mí muy congojada, que no sabía tener otra oración mental, ni podía contemplar, sino rezar vocalmente. Pregúntele qué rezaba, y vi que asida al paternoster, tenía pura contemplación y la levantaba el Señor a unirla consigo en unión; y bien se parecía en sus obras recibir tan grandes mercedes, porque gastaba muy bien su vida. Así alabé al Señor y hube envidia de su oración vocal.

Si esto es verdad -como lo es-, no penséis los que sois enemigos de contemplativos que estáis libres de serlo si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar, teniendo limpia conciencia".

¹ "No está la falta para ser o no ser oración mental en tener cerrada la boca; si hablando estoy enteramente entendiéndolo y viéndolo que **hablo con Dios** con más advertencia que las palabras que digo, junto está oración mental y vocal. Mas si habéis de estar, como es razón se esté, hablando con tan gran Señor, que es bien estéis mirando **con quien habláis** y **quién sois vos**, siquiera para hablar con

crianza". "La puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser consideración. Porque la que no advierte con quien habla y lo que pide y quién es quien pide y a quién, no lo llamo yo oración, aunque mucho menee los labios".

1. MODELOS Y TESTIGOS: BEATO FLORENTINO ASENSIO

"**¡Qué hermoso día para mí!**". Estas palabras le salían del alma. Un sobrenatural gozo le embargaba. Su paso era torpe, pero decidido. Tenía el rostro iluminado. Era el obispo Florentino Asensio camino del martirio en las primeras horas del 9 de agosto de 1936.

La tímida luz de amanecer estaba a punto de explotar en un resplandor eterno. El prelado, cual héroe de Cristo, pasando triunfal ante las miradas torvas y vacuas de sus verdugos, se adentraba en el Día sin ocaso, en la Ciudad Eterna, que no necesita luz de lámpara ni de sol porque "*la lámpara es el Cordero*" (Ap, 21,23). Sus enemigos, con todo su odio, no consiguieron, después de todo, sino acrecentar la luz y adelantarle el cielo.

D. Florentino fue una víctima más de aquella grandiosa ofrenda martirial que tuvo lugar en el contexto de nuestra sangrienta guerra civil de los años treinta del siglo XX. Una víctima más, pero una de las más santas, de las más puras, de las más impresionantes y grandiosas a los ojos del Altísimo. En primer lugar porque era obispo, sucesor de los apóstoles, columna de la Iglesia y Pastor de su pueblo. A ejemplo del único y gran Pastor también él tuvo el desproporcionado regalo de poder **dar la vida por las ovejas**. Pero víctima grandiosa también por el indecible dolor que padeció y, sobre todo, por el sufrimiento moral: afrentas, humillaciones, vejaciones y sarcasmos obscenos y de todo tipo tuvo que presenciar y padecer. Un verdadero y cruel ensañamiento a manos de sus verdugos que, en definitiva, no eran sino unos pobres miserables y cobardes, movidos por un odio infernal.

Admiremos la semblanza de su vida, cuyo final no pudo ser más glorioso para él, para Dios y para la Iglesia.

Los primeros años

Nació nuestro mártir el 16 de octubre del 1877, en el seno de una familia muy cristiana, en un pueblecito de Valladolid, Villaseñor, muy cerca de Mota del Marqués, entonces diócesis de Palencia. Gabina, su madre, atendía una pequeña tienda apoyando así el trabajo del Señor Jacinto, el padre, que era vendedor ambulante. El humilde matrimonio modestamente sacaba adelante a la numerosa prole de 9 hijos, por la que no dejaban de dar gracias a Dios. Cuando el niño tenía 3 años la familia se trasladó al cercano pueblo Villavieja del Cerro, mucho mejor comunicado, del que procedía Dña Gabina.

La llamada de Dios no tardó en llegar. Florentino, que siempre tuvo especial inclinación por las cosas de la Iglesia, sintió desde pequeño, en lo íntimo de su corazón, la certeza de que su vida sería toda para el Señor. Le gustaba ayudar a misa y jugar con sus hermanos a celebrarla. Comprendió muy pronto que tenía que ser sacerdote, que **no quería la vida más que para darla**, para hacer bien a los demás. El párroco de Villavieja, don Santiago Herrero, no tardó en darse cuenta, y en presentarlo como candidato en el seminario diocesano de Valladolid.

Sacerdote de Jesucristo

Los años de formación y estudio en el seminario fueron trascendiendo, enriquecedores, al ritmo del tiempo de Dios. Nuestro joven seminarista, según testimonio de muchos que le trataron, destacó por su virtud, su preclara inteligencia, su buena conducta y por su elevado sentido de responsabilidad.

Por fin llegó la esperada fecha de la ordenación, que venía a colmar sueños muy acariciados. El 1 de junio de 1901 recibe, de manos del obispo Ciudad, auxiliar del cardenal Cascajares, la gracia sublime de la imposición de manos: **¡Ya es sacerdote de Jesucristo para siempre!** Quiso celebrar su primera misa en la iglesia de su pueblo, el mismo día de la solemnidad del Corazón de Jesús, devoción que siempre ocupó un puesto muy especial en su corazón y en su pastoral.

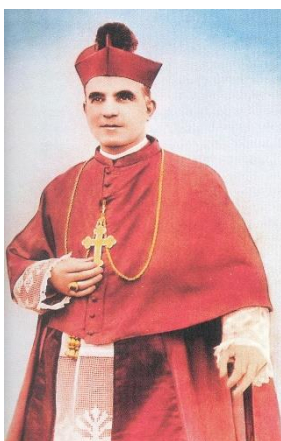
Su primer destino fue la parroquia de Villaverde de Medina. Allí dejó, a pesar de lo breve de su estancia, la fragancia de Cristo. Todavía se le recuerda por su humildad y su abnegada entrega a todos, especialmente a los enfermos y más necesitados.

Pero el nuevo obispo de Valladolid, Mons. Cos y Macho, a poco de llegar, le reclamó en la capital, nombrándole capellán de las Hermanitas de los Pobres y responsable del archivo episcopal. A partir de ese momento, le llueven los cargos y las responsabilidades pastorales: en 1905 el obispo le nombra su

capellán y mayordomo, lo que le obliga a residir en el mismo arzobispado. En 1906, como se había doctorado en Teología, empieza a dar clases de Metafísica de la Pontificia Universidad de Valladolid. En 1910 obtiene una canonjía en la catedral metropolitana. Y desde 1915 tuvo que asumir administración diocesana...

Sabe conjugar su ministerio con **largos ratos de sagrario**, de los que saca las fuerzas para tan abnegada entrega. En todo su hacer se nota un ardiente celo pastoral. Predicar era para él un deber especialmente sagrado, al que se entregó hasta el final de sus días. Preparaba sus sermones, y los escribía siempre, con verdadero esmero.

Fue siempre muy celoso del ministerio del confesonario. En 1919 el nuevo obispo Mons. Gandásegui le nombra también confesor del seminario conciliar. Tenemos el testimonio de un seminarista que llegaría a ser cardenal Primado de España, monseñor González Martín: *Con frecuencia me confesé con él durante el trienio filosófico, cuando yo tenía 15 a 17 años. Mi recuerdo personal me permite evocarle como un sacerdote muy fervoroso, muy fino y muy delicado espiritualmente; muy capaz de despertar en nosotros los seminaristas, deseos de virtud y vida santa.*



Tanto trabajo por las almas y tanta piedad fue causa, sin duda, de que Mons. Federico Tedeschini, nuncio en España de S.S. Pío XI, le llamara un día a Ávila para comunicarle que el Papa le nombraba obispo, Administrador Apostólico de Barbastro. La noticia le cayó como una bomba. Un inmenso disgusto se apoderó de él: ¡de ninguna manera se creía ni digno ni capaz!

El mismo nuncio, que por su parte estaba totalmente convencido de la capacidad e idoneidad del candidato, contó después la fuerte resistencia del candidato. Al humilde canónigo no le quedó más remedio que aceptar la "carga". Después de mucha correspondencia cruzada con la nunciatura, Mons. Tedeschini tuvo que zanjar el asunto diciéndole: *O acepta usted el cargo o será considerado como hijo rebelde de la Santa Sede.* El bueno y humilde canónigo, aceptó.

Un episcopado convulso y efímero

La consagración episcopal tuvo lugar el 26 de enero de 1936 en la catedral. Mons. Gandásegui fue el obispo consagrante. El día era frío y húmedo en la ciudad del Pisuerga, pero el cielo llovía gracias a raudales sobre el nuevo sucesor de los apóstoles.

Se planificó la entrada en nueva diócesis para el 15 de marzo, a fin de dejar pasar las problemáticas elecciones generales legislativas del 16 de febrero, de las que iba a salir el Frente Popular. El deseo del nuevo prelado era también poder estar ya para vivir la Semana Santa en la nueva sede. Tuvo por tanto margen para poderse despedir de su querida diócesis vallisoletana. Al decir adiós a las monjas del Monasterio de la Huelgas Reales, la abadesa se lamentaba de los tiempos tan malos en los que tenía que irse tan lejos... Pero D. Florentino, siempre confiado en la Providencia respondió: **"No hay que temer. Todo se reduce a que me maten y vaya antes al cielo"**.

El día 13 de marzo llega a Zaragoza, donde le espera la Virgen del Pilar, a la que encomienda con fervor su nuevo pontificado. Pero ese mismo día empezaron a llegar alarmantes noticias de que grupos organizados y subversivos de izquierdistas tramaban sabotear su entrada. Don Florentino decide suspenderla y entrar discretamente, sin ningún boato, al día siguiente. Así se lo comunicó días después, al nuncio apostólico: *"Retrasé un día la entrada para no coincidir con la anunciada manifestación del domingo, y fue muy grata mi sorpresa cuando al llegar el lunes hallé llena de gente la Catedral, entusiasmada y edificante con su nuevo Obispo"*.

Al pisar por primera vez el día 16 la viña que el Señor le encargaba cuidar, nada más bajar del coche dijo con semblante sombrío: *Ya estamos aquí. Ecce ascendimus Hierosolymam (He aquí que subimos a Jerusalén).*

Su episcopado, que apenas iba a durar medio año, estaría plagado de sinsabores y disgustos. Meses de dolorosa y trágica primavera, que pondrían muy a prueba su temple humano y sobrenatural, le esperaban.

A los pocos días de su llegada, el ayuntamiento prohibió el toque de campanas, las procesiones y cualquier manifestación públicas religiosa o de

culto. Y, por si fuera poco, el 3 de julio asaltaron el seminario, avanzando así en un pleito con el edificio que ya venía de meses atrás, con el anterior obispo. A duras penas, y con un exquisito y prudente tacto, el humilde prelado pudo conseguir que los seminaristas terminaran el curso.

Visto el mal cariz de los acontecimientos, le aconsejan desde Zaragoza abandonar la diócesis. Pero él estaba muy lejos de plantearse siquiera huir de su grey, desertando del puesto al que la Providencia le había enviado. **Prudente y sereno, se abandona en el Señor** y se dispone a sobrevolar los amenazantes nubarrones. Tratando siempre de quitar importancia a las dificultades, **se entrega de lleno a su labor de Pastor y Padre**. Fiel a su costumbre, se dedica a predicar todos los domingos en la catedral, para enseñar él mismo la fe y la doctrina a los fieles. Alienta la Adoración nocturna, acoge a los necesitados, fortalece a sus sacerdotes, socorre a los pobres... También ayuda a los obreros, entonces tan maltratados y oprimidos, impulsando los sindicatos obreros que don Ángel Herrera Oria promovía por medio del diario El Debate... Siempre se mostró abierto y acogedor, dispuesto a ayudar al que le necesitase. En una de las reuniones de la Adoración Nocturna, pudo conocer a Ceferino Giménez Malla, «El Pelé», el gitano, martirizado también por el glorioso “delito” de rezar el rosario y defender a los sacerdotes. Sería beatificado con él.

Comienza su Getsemaní

El mismo día que estalló la guerra empezaron las detenciones en la ciudad del Varo por parte de los milicianos. El 19 de julio apresaron al vicario general, el sacerdote Félix Sanz y al gitano Ceferino. El día 20 encarcelan a los 51 misioneros claretianos en el salón de actos del Colegio de los Escolapios.

El obispo, ante tantas injusticias y desmanes, eleva una protesta al Ayuntamiento. Pero esta será la excusa que aprovechen para confinarle en su domicilio, incomunicándolo con el exterior, y vigilado por un piquete de milicianos. Dos días después es detenido y encarcelado en el mismo Colegio de los Escolapios, convertido ya en cárcel de muchos religiosos.

Son jornadas de dolor, incertidumbre, profunda tristeza y total **abandono en Dios**. El obispo, aunque apesadumbrado, **contagia serenidad y paz**. A todos conforta y alienta. Reza con fervor y su ejemplo conmueve. Tiene la creciente certeza de que va a ser martirizado, y sabe también que no lo será él solo.

Como el salón de actos del colegio, en el que ya estaban encerrados los 51 claretianos, da a la plaza del pueblo y se oyen las voces, insultos y blasfemias del populacho pidiendo la muerte de los religiosos, el padre escolapio Eusebio Ferrer, argentino, tiene el detalle de poner al obispo en una habitación del interior, con ventana que da al río Vera. Esos primeros días pudo, incluso, celebrar la misa.

El apesadumbrado pastor recurre ahora, más que nunca, a Dios. La oración íntima y continua le reconforta. En el laboratorio de física han escondido el Santísimo Sacramento. Don Florentino, que puede comulgar clandestinamente (el P. Mazuelos, prior del santuario de El Pueyo le da la comunión siempre que puede), **desagravia y repara tantas ofensas al Señor ofreciéndole el calvario interior que vive**. Se sabe que el 31 de julio empezó una novena al Corazón de Jesús que concluyó con una confesión general, el 8 de agosto, víspera de su martirio. Era como la preparación inmediata. También la Virgen María le conforta. A Ella acude permanentemente con confianza de hijo musitando avemarías. **El rosario, enredado siempre entre sus dedos, es el arma que le da fuerzas y le sostiene**.

El 4 de agosto le empiezan a interrogar en el Colegio. Y el 8 vuelven a citarlo, pero esta vez ya no en el Colegio, sino en el Ayuntamiento. Los presagios son estremecedores. Tras recibir la absolución, sale sereno, dispuesto a morir por su Dios. Llevaba el cilicio clavado en su muslo izquierdo.

Al llegar, entre insultos y golpes, le hacen un primer interrogatorio, pero pronto lo devuelven a la celda. Esas horas del anochecer las comparte en la cárcel con otros presos. Les habla, les conforta y los bendice. Algunos lloraban. “*No llorés* -les dijo-, *porque esta noche es muy grata para mí. Elevemos nuestras plegarias al Todopoderoso para que salve a España de nuestros enemigos*”. El carcelero al darse cuenta de que lleva el rosario en la mano, le dice con horror: “*Ocúltelo, no lo enseñe; me puede comprometer por no haberle cacheado al entrar y no haberle quitado eso*”. Pero él repite incesantemente en silencio: “*hágase tu voluntad*”, “*no nos dejes caer en la tentación*”, “*Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte*”.

La cruel tortura

A las pocas horas lo vuelven a reclamar de muy malas formas. Mariano Abad, apodado “el Enterrador”, que actuaba de jefe del piquete, entra en la celda y

lanzó al obispo una siniestra mirada. -*¿Tú eres el obispo? ¡Pues sí pareces un pastor!*, le dijo despectivamente. -*¡No tengas miedo, hombre. Si es verdad lo que predicáis, irás al cielo...!* Y el obispo responde con serenidad: -*Sí. Y allí rogaré por vosotros*.

El Enterrador le ata las manos por detrás, mientras masculla: -*A éste, como es el pez gordo, le ato yo*. Y así le llevan al “rastrillo”, la sala de juntas del Ayuntamiento, lugar del sacrilego escarnio. Entre frases groseras, risotadas y burlas obscenas, le bajan los pantalones... El obispo mudo, palidece. Reza y tiembla. Uno de los presentes, un tal Alfonso G., analfabeto, rudo y malo, provocado por otro de los milicianos que le dice: “*ahora tienes la oportunidad de hacer lo que habías dicho*”, se acerca al obispo, le enseña una navaja de carnicero, y con sacrílega burla le corta fríamente los testículos. Dos chorros de sangre saltaron, enrojeciendo el suelo. El obispo estremecido de dolor, seguía mudo. **Invoca hacia dentro a las Santísimas llagas de Cristo**, y ahogó como pudo el grito que rugía en su pecho ante la humillante infamia. Le cosieron entre risas la herida con hilo de esparto, le apretaron una toalla para cortar la hemorragia y, así, lo volvieron a la celda. “*Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...*”, rezaba mientras se arrastraba. El desalmado y cruel Alfonso G. guardó el “trofeo” de su hazaña macabra, y lo iba enseñarán por los bares y por todo Barbastro.

Poco después, en esa noche sagrada del 9 agosto, abrasado de dolor, es empujado, sin consideración alguna, al camión de la muerte, camino del cementerio. “*Le obligaron a ir por su propio pie, chorreando sangre*”, cuentan los testigos. Van atados de dos en dos. Aquel guiñapo de hombre, el Obispo de Barbastro, se habría derrumbado de dolor si no hubiera estado atado al codo de su compañero, su cirineo, que se mantuvo y lo mantuvo en pie, aterrado también él, y mudo, por lo que veía.

D. Florentino repetía: -*“¡Qué hermoso día para mí!, ¡qué hermoso día para mí...!”*. Al oír estas palabras, los verdugos se dijeron: -*Se ve que no sabe a dónde lo llevamos...* Pero él bien lo sabía: -*Me lleváis a la gloria. -les dijo-. Yo os perdono. En el cielo rogaré por vosotros...*

Extenuado, llega el kilómetro 3 de la carretera de Sariñena, donde se sitúa el cementerio, que va a ser el lugar de la ejecución. El ambiente de odio, de blasfemia y de desprecio debía acompañarle hasta el final. Un increíble y misterioso parecido se daba entre la muerte del Señor en el Calvario y la de su valiente Pastor. Uno le insultaba: -*Anda, tocino, date prisa*. Otro le dio un fuerte culatazo en su lado izquierdo, hundiéndole varias costillas. Y un tercero le golpeó la boca con un ladrillo, mientras le decía: -*Toma la comunión*. El obispo solo respondía: -*“Por más que me hagáis, yo os he de perdonar”*.

Por fin, arrodillado frente al piquete de ejecución, recibe la descarga de las balas. Los milicianos le oyeron decir: -*Señor, compadécete de mí*.

Tardó en morir el obispo más tiempo que los demás. Quisieron con saña retardar el tiro de gracia para que desangrándose, sufriera más. Tal era el odio satánico que supuraba en aquellos corazones. En ese estado crítico el obispo hacía ademán de **bendecir, y susurraba palabras de perdón**. Le oyeron decir: -*Dios mío, abridme pronto las puertas del cielo*. Y también: -*Señor, no retardéis el momento de mi muerte: dadme fuerzas para resistir hasta el último momento*. Otro testigo oyó que ofrecía su sangre por la salvación de su diócesis. Solo después de algo más de una hora, le dieron el tiro de gracia. Su cadáver fue arrojado a una fosa común. Tenía 58 años

Terminado el escarnio, y ya muerto el mártir, Mariano Abad dijo: *Ya tenemos al jefeazo de los curas liquidado. Esto está en marcha*. Y añadió, como quien se quiere liberar de una pesadilla: -*¿Te has fijado, el Obispo? ¡Qué serenidad! Aun en el mismo momento de volarle la cabeza, encomendándose a Dios... ¡Hay que ver cómo muere esta gente! Parece hasta como si tuvieran satisfacción*. Se quedó mirando al vacío y de repente dijo con odio: -*No ha de quedar ni raza. Hasta la semilla de la sotana hay que raer...*

Después de muerto, le desnudaron y se repartieron sus ropas, también como en la Cruz del Maestro. Uno se puso los pantalones “*porque estaban en buen uso*”, confesaría después. Y el que se quedó con los zapatos, declarando él mismo después de la guerra, “*los llevé hasta que se me rompieron*”.

Terminada la guerra se pudieron recuperar e identificar muy bien los restos del Obispo mártir. Además, estaban incorruptos. Fueron trasladados a la cripta de la catedral de Barbastro, situada debajo del presbiterio.

Pero con motivo de la beatificación, que tuvo lugar en Roma el 4 de mayo de 1997, por San Juan Pablo II, las reliquias se trasladaron a la capilla de San Carlos Borromeo, situada detrás del Altar Mayor, donde hay se pueden venerar con profunda devoción y agradecimiento al Pastor bueno que supo dar la vida por sus ovejas.

En esta hoja encontrarás ideas y textos que te ayuden a la oración de cada día durante la semana. Proponemos también el Evangelio del próximo domingo como lectura bíblica para meditar. Además añadimos comentarios, meditaciones y otras oraciones como alimento espiritual, así como la vida y ejemplo del mártir y los contenidos del tema del día, que también debes "rezarlos".

ESQUEMA PARA LA ORACIÓN DE CADA DÍA

Este puede ser el esquema-guía para tu oración diaria. Es muy importante que garantices la soledad y el silencio en un lugar adecuado:

1. **Ponte en presencia de Dios** (consiste básicamente en un acto de fe en que Dios está a tu lado, dentro de ti. Si estás en una Iglesia o capilla, mira al sagrario y adora en él su presencia).
2. **Ofrecimiento de obras** (Puedes hacer las oraciones del Oracional p. 18). Añade la Oración preparatoria ("*Que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de tu Divina Majestad*")
3. **Invoca también al Espíritu Santo** (Oracional p. 56-62), sin él no podemos ni pronunciar el Nombre de Jesús.
4. **Súplica filial a la Virgen María**. Acude a la Madre con gran confianza. Reza, saboreándola, la oración del Ángelus. (Oracional p. 19)
5. **Petición**. Es como el fruto que quiero recibir de la oración. Pide esta semana el **conocimiento íntimo de Jesucristo y la amistad con Él**.
6. **Lectura del texto que quiero meditar**. En este caso, principalmente, el Evangelio del domingo. Sírvelo de los demás textos y oraciones con libertad, en la medida que sean necesarios. Puedes detenerte en el mismo varios días.
7. **Coloquio**. No debe faltar nunca un coloquio íntimo de corazón a corazón con el Señor y con la Virgen, sobre lo meditado. Se trata de una conversación íntima, cariñosa, muy personal.

• La oración según Santa Teresa

Santa Teresa, la gran Doctora, nos puede preparar muy bien para nuestra oración. Ella llama a la oración "*camino real para el cielo*", entiende que quien se determina a seguirlo inicia un "*viaje divino*", por el que se gana un gran tesoro, de manera que todo el esfuerzo que pueda requerir es nada en comparación con el gran precio que se alcanza. "*No es mucho que cueste mucho*".

Define la oración como un "**tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama**". Y dice también:

• Determinada determinación

"*Hablando ahora de los que comienzan a ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos a seguir por este camino de la oración al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande que me regalo extrañamente en pensar en ella*".

Y les aconseja: «*Toda la pretensión de quien comience oración ha de ser trabajar, y determinarse y disponerse, con cuanta diligencia pueda, a hacer conformar su voluntad con la de Dios*»

Y como «*en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual*», para vigorizar la constancia, nos dice: «*Importa mucho y es el todo, una muy grande y determinada determinación de no parar hasta llegar al fin, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, aunque se muera en el camino, aunque se hunda el mundo*».



Una hermosa obligación del hombre: **ORAR Y AMAR** (Cura de Ars)

Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.

El hombre tiene un hermoso deber y obligación: **ORAR Y AMAR**. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que **la unión con Dios**. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable.

En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con Él. **Nuestra oración es el incienso que más le agrada**.

Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero **la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios**. **La oración es una degustación anticipada del cielo**, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

Otro beneficio de la oración es que hace que el tiempo transcurra tan aprisa y con tanto deleite, que ni se percibe su duración. Mirad: cuando era párroco en Bresse, en cierta ocasión, en que casi todos mis colegas habían caído enfermos, tuve que hacer largas caminatas durante las cuales oraba al buen Dios, y creedme, que el tiempo se me hacía corto.

Hay personas que se sumergen totalmente en la oración como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido. ¡Cuánto amo a estas almas generosas! San Francisco de Asís y santa Coleta veían a nuestro Señor y hablaban con Él del mismo modo que hablamos entre nosotros.

Nosotros, por el contrario, ¡cuántas veces venimos a la Iglesia sin saber lo que hemos de hacer o pedir! Y, sin embargo, cuando vamos a casa de cualquier persona, sabemos muy bien para qué vamos. Hay algunos que incluso parece como si le dijeran al buen Dios: "Sólo dos palabras, para deshacerme de ti..." Muchas veces pienso que cuando venimos a adorar al Señor, obtendríamos todo lo que le pedimos si se lo pidiéramos con una **fe muy viva y un corazón muy puro**.

EVANGELIO del próximo domingo

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron:

- «Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir.»

Les preguntó: - «¿Qué queréis que haga por vosotros?»

Contestaron: - «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda.»

Jesús replicó: - «No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?»

Contestaron: - «Lo somos.»

Jesús les dijo: - «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado.»

Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan.

Jesús, reuniéndolos, les dijo: - «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen.

Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos». (Mc 10,35-45)

Los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, que persiguen todavía sueños de gloria, piden a Jesús: «*Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda*». La respuesta de Jesús fue fulminante, y su interpelación inesperada: «*No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?*». La alusión es muy clara: **el cáliz es el de la pasión, que Jesús acepta para cumplir la voluntad del Padre**. El servicio a Dios y a los hermanos, el don de sí: esta es la lógica que la fe auténtica imprime y desarrolla en nuestra vida cotidiana y que no es en cambio el estilo mundano del poder y la gloria.

Con su petición, Santiago y Juan ponen de manifiesto que **no comprenden la lógica de vida de la que Jesús da testimonio**, la lógica que, según el Maestro, ha de caracterizar al discípulo, en su espíritu y en sus acciones. La lógica errónea no se encuentra sólo en los dos hijos de Zebedeo ya que, según el evangelista, contagia también «*a los otros diez*» apóstoles que «*se indignaron contra Santiago y Juan*». Se indignaron porque no es fácil entrar en la lógica del Evangelio y abandonar la del poder y la gloria.

San Juan Crisóstomo dice que todos los apóstoles eran todavía imperfectos, tanto los dos que quieren ponerse por encima de los diez, como los otros que tienen envidia de ellos. San Cirilo de Alejandría añade: «*Los discípulos habían caído en la debilidad humana y estaban discutiendo entre sí sobre quién era el jefe y superior a los demás... Esto sucedió y ha sido narrado para nuestro provecho... Lo que les pasó a los santos apóstoles se puede revelar para nosotros como un incentivo para la humildad*»

Este episodio ofrece a Jesús la ocasión de dirigirse a todos los discípulos y «llamarlos hacia sí», casi para estrecharlos consigo, para formar como un cuerpo único e indivisible con él y señalar cuál es el camino para llegar a la gloria verdadera, la de Dios: «*Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos*»

Dominio y servicio, egoísmo y altruismo, posesión y don, interés y gratuidad: estas lógicas profundamente contrarias se enfrentan en todo tiempo y lugar. No hay ninguna duda sobre el camino escogido por Jesús: Él no se limita a señalarlo con palabras a los discípulos de entonces y de hoy, sino que **lo vive en su misma carne**.

En efecto, explica: «*Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por la multitud*» (Benedicto XVI).

Comenta también San Agustín:

«Buscaban la altura, pero no veían el peldaño. El Señor se lo mostró: “¿podéis beber?... Los que buscáis las cimas más altas, ¿podéis beber el cáliz de la humildad?” Por eso no dice simplemente: “niéguese a sí mismo y sígame”, sino que añade: “**tome su cruz y sígame**”. ¿Qué significa “tome su cruz”? **Soporte lo que le es molesto**».

Jaculatorias y súplicas:

- Señor, que te conozca a Ti, y que me conozca a mí (San Agustín).
- Jesús enséñame a servir y no a ser servido, como hiciste Tú.
- Señor mío y Dios mío, concédeme la gracia de la verdadera humildad.
- Inmaculada Madre de Dios, enséñame a conocer a Jesús, y a amarle como Tú le amabas...

OTRAS ORACIONES

➤ ACTO DE AMOR A DIOS (Santo Cura de Ars)

Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida.

Te amo, Dios mío, infinitamente amable, y prefiero morir amándote que vivir un solo instante sin amarte.

Te amo, Dios mío, y sólo deseo ir al Cielo para tener la felicidad de amarte perfectamente.

Te amo, Dios mío, y sólo temo el infierno porque en él no existirá nunca el consuelo de amarte.

Dios mío, si mi lengua no puede decir en todo momento que te amo, al menos quiero que mi corazón te lo repita cada vez que respiro.

Dame la gracia de sufrir amándote, de amarte en el sufrimiento y de expirar un día amándote y sintiendo que te amo.

A medida que me voy acercando al final de mi vida te pido que vayas aumentando y perfeccionando mi amor. Amén.

➤ VUESTRA SOY (Santa Teresa de Jesús)

Vuestra soy, para Vos nació: ¿Qué mandáis hacer de mí?
Soberana Majestad, eterna Sabiduría, Bondad buena al alma mía;
Dios, Alteza, un Ser, Bondad: La gran vileza mirad,
que hoy os canta amor así: ¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criastes, vuestra, pues me redimistes,
vuestra, pues que me sufristes, vuestra, pues que me llamastes.
Vuestra, porque me esperastes, vuestra, pues no me perdí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor, que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce amor, amor dulce, veisme aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón, yo le pongo en vuestra palma:
mi cuerpo, mi vida y alma, mis entrañas y afición.
Dulce Esposo y Redención pues por vuestra me ofrecí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida; dad salud o enfermedad,
honra o deshonor me dad; dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida, que a todo digo que sí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza, dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza, dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo: pues del todo me rendí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración; si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción, y si no esterilidad.
Soberana Majestad, sólo hallo paz aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría, o, por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia, o de hambre y carestía.
Dad tiniebla o claro día, revolvedme aquí y allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando quiero por amor holgar;
si me mandáis trabajar, morir quiero trabajando:
decid dónde, cómo y cuándo, decid dulce Amor, decid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor, desierto o tierra abundosa;
sea Job en el dolor, o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa, o estéril, si cumple así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadena, o de Egipto adelantado,
o David sufriendo pena, o ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado, o libertado de allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Haga fruto o no lo haga, esté callando o hablando,
muéstrame la ley mi llaga, goce de Evangelio blando;
esté penando o gozando, sólo Vos en mí vivid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, para Vos nació: ¿Qué mandáis hacer de mí?